

6 de diciembre

II domingo de Adviento

Is 40, 1-5. 9-11 / Sal 84 / 2Pe 3, 8-14 / Mc 1,1-8

Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Como está escrito en el profeta Isaías: «Yo envío a mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino; voz del que grita en el desierto: “Preparad el camino del Señor, enderezad sus senderos”»; se presentó Juan en el desierto bautizando y predicando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. Acudía a él toda la región de Judea y toda la gente de Jerusalén. Él los bautizaba en el río Jordán y confesaban sus pecados. Juan iba vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Y proclamaba: «Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo y no merezco agacharme para desatarle la correa de sus sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo».

(Marcos 1,1-8)

1. Desde la Palabra de Dios

El texto que proclamamos este domingo es el comienzo del Evangelio según san Marcos. Podemos afirmar que es el título que da Marcos a todo su libro: «la Buena noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios». Todo el evangelio —buena, alegre noticia— será la demostración de cómo Jesús, el Hijo de Dios, es el Mesías esperado por el Pueblo de Israel, pero un Mesías “a su manera”...

El Evangelio arranca con una referencia velada al libro del Génesis: “comienzo”, “al principio”. Aquí

es el comienzo de la buena noticia, la total, la definitiva, que nos trae Jesús y la realiza él mismo.

Todo lo que hizo y dijo Jesús es Buena Noticia para el que le sigue. Esa buena y alegre noticia ha llegado hasta nosotros. Es la invitación a vivir siempre en el gozo de la llamada del Padre. Fue Marcos el primero que utilizó la palabra Evangelio para designar toda la vida y obra de Jesús.

El profeta Isaías, unos cinco siglos antes de Jesús, habla a Israel de cómo Dios “envía a su mensajero delante él”. Así anima a su pueblo a reemprender el camino de regreso a su país desde el destierro de Babilonia. Son las palabras de consuelo — primera lectura—, que llegan a su plenitud con la venida de Jesús, con quien emprendemos ya no el camino hacia la tierra de Canaán, sino hacia los cielos nuevos y la tierra nueva en los que habite la justicia (2 Pe 3, 13).

La venida del Evangelio vivo que es Jesús, también es precedida por el envío de un mensajero, Juan Bautista, el profeta austero que bautiza solamente con agua, pero que anuncia a Aquel que bautizará con el Espíritu Santo.

Juan Bautista anima al pueblo a esperar al que es más fuerte que él, el que viene de parte de Dios, el Mesías. Juan predica en el desierto, el lugar que evoca el éxodo, la liberación de la esclavitud, la alianza de amor entre Dios e Israel.

Los profetas animaban a preparar el camino de Dios. Tal camino es Jesús, según la aplicación de Marcos. Y los senderos de Isaías (40, 3) nos llevan al mismo Jesús. Juan Bautista retoma toda esa tradición para preparar la venida del Mesías.

En la actualidad hay también entre nosotros senderos desviados del verdadero y único Camino

que nos lleva al mismo Jesús. No podemos encontrar el Reino de Dios sino es en Jesús, que pregona y vive la verdadera justicia, la fraternidad, y la caridad para llegar a la plenitud de nuestro ser. Podemos preguntarnos esta semana si somos mensajeros del Evangelio, del gozo del amor que el Padre nos ha manifestado en Jesús o si, más bien —especialmente en este tiempo de noticias aciagas— soy mensajero de noticias tristes, como un profeta de calamidades.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Este domingo marca la segunda etapa del tiempo de Adviento, un período estupendo que despierta en nosotros la espera del regreso de Cristo y la memoria de su venida histórica. La liturgia de hoy nos presenta un mensaje lleno de esperanza. Es la invitación del Señor expresado por boca del profeta Isaías: «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios» (40, 1). Con estas palabras se abre el Libro de la consolación, donde el profeta dirige al pueblo en exilio el anuncio gozoso de la liberación. El tiempo de la tribulación ha terminado; el pueblo de Israel puede mirar con confianza hacia el futuro: le espera finalmente el regreso a la patria. Por ello la invitación es dejarse consolar por el Señor.

Isaías se dirige a gente que atravesó un período oscuro, que sufrió una prueba muy dura; pero ahora llegó el tiempo de la consolación. La tristeza y el miedo pueden dejar espacio a la alegría, porque el Señor mismo guiará a su pueblo por la senda de la liberación y de la salvación. ¿De qué modo hará todo esto? Con la solicitud y la ternura de un pastor que se ocupa de su rebaño. Él, en efecto, dará unidad y seguridad al rebaño, lo

apacentará, reunirá en su redil seguro a las ovejas dispersas, reservará atención especial a las más frágiles y débiles (cf. v. 11). Esta es la actitud de Dios hacia nosotros, sus criaturas. Por ello el profeta invita a quien le escucha —incluidos nosotros, hoy— a difundir entre el pueblo este mensaje de esperanza: que el Señor nos consuela. Y dejar espacio a la consolación que viene del Señor.

Pero no podemos ser mensajeros de la consolación de Dios si nosotros no experimentamos en primer lugar la alegría de ser consolados y amados por Él. Esto sucede especialmente cuando escuchamos su Palabra, el Evangelio, que tenemos que llevar en el bolsillo: ¡no olvidéis esto! El Evangelio en el bolsillo o en la cartera, para leerlo continuamente. Y esto nos trae consolación: cuando permanecemos en oración silenciosa en su presencia, cuando lo encontramos en la Eucaristía o en el sacramento del perdón. Todo esto nos consuela.

Dejemos ahora que la invitación de Isaías —«Consolad, consolad a mi pueblo»— resuene en nuestro corazón en este tiempo de Adviento. Hoy se necesitan personas que sean testigos de la misericordia y de la ternura del Señor, que sacude a los resignados, reanima a los desanimados. Él enciende el fuego de la esperanza. ¡Él enciende el fuego de la esperanza! No nosotros. Muchas situaciones requieren nuestro testimonio de consolación. Ser personas gozosas, que consuelan. Pienso en quienes están oprimidos por sufrimientos, injusticias y abusos; en quienes son esclavos del dinero, del poder, del éxito, de la mundanidad. ¡Pobrecillos! Tienen consolaciones maquilladas, no la verdadera consolación del Señor. Todos estamos llamados a consolar a nuestros hermanos, testimoniando que sólo Dios

puede eliminar las causas de los dramas existenciales y espirituales. ¡Él puede hacerlo! ¡Es poderoso!

El mensaje de Isaías, que resuena en este segundo domingo de Adviento, es un bálsamo sobre nuestras heridas y un estímulo para preparar con compromiso el camino del Señor. El profeta, en efecto, habla hoy a nuestro corazón para decirnos que Dios olvida nuestros pecados y nos consuela. Si nosotros nos encomendamos a Él con corazón humilde y arrepentido, Él derrumbará los muros del mal, llenará los vacíos de nuestras omisiones, allanará las dosis de soberbia y vanidad y abrirá el camino del encuentro con Él. Es curioso, pero muchas veces tenemos miedo a la consolación, de ser consolados. Es más, nos sentimos más seguros en la tristeza y en la desolación. ¿Sabéis por qué? Porque en la tristeza nos sentimos casi protagonistas. En cambio en la consolación es el Espíritu Santo el protagonista. Es Él quien nos consuela, es Él quien nos da la valentía de salir de nosotros mismos. Es Él quien nos conduce a la fuente de toda consolación auténtica, es decir, al Padre. Y esto es la conversión. Por favor, dejaos consolar por el Señor. ¡Dejaos consolar por el Señor!

La Virgen María es la «senda» que Dios mismo se preparó para venir al mundo. Confiamos a ella la esperanza de salvación y de paz de todos los hombres y las mujeres de nuestro tiempo.

Papa Francisco. Ángelus 07/12/2014

3. Desde el fondo del alma

Señor Jesús, nos invitas a vivir tu Navidad de manera más plena y más vivencial por eso, nos

dices: 'preparad el camino, enderezad sus senderos'.

Nos invitas a vivir nuestra fe y nuestro seguimiento a ti, no como ateos bautizados, o creyentes incrédulos, o cristianos paganos, que celebramos la Navidad sólo con comida y bebida, sino que Tú nos invitas, a que tu nacimiento sea para nosotros como otro nacimiento, viviendo más plenamente tu Palabra, asumiendo tu proyecto de amor en nuestra vida, dando testimonio de ti tanto en la familia como en toda nuestra vida, por eso, te pedimos que estos días de Adviento sean días donde Tú vayas abriendo nuestro corazón, y nos transformes con tu gracia, tu amor, tu misericordia y tu bondad llenándonos de ti uniéndonos a ti.

Amén.

Desde ahora puedes seguir nuestros videos en el Canal de YouTube de Vida Ascendente:

https://www.youtube.com/channel/UCyeFwu5feLy_p_5fycxs5ODw

Necesitamos para que puedas seguir en directo nuestros eventos llegar a 1000 suscriptores.

Por favor, entra en el canal y suscríbete a nuestros videos. Gracias.